

## Hace ya más de diez años

Por Lorena Barroso Torrijos

Cuando tenía 15 años tuve un intento de agresión sexual de parte de un integrante importante de mi familia, mi cuñado, yo estaba en la intimidad de mi casa, en mi cuarto, cuando decidí quitarme la ropa y disfrutar un rato del roce de las sábanas en mi piel, estaba sola, como casi siempre lo estaba en las mañanas, así que no sentí temor alguno... Hasta que él apareció, entró a la casa como siempre, porque tenía esa confianza, usaba el baño de la casa continuamente, pero de misma manera era azaroso sus llegadas. Se acercó a mi preguntando por mi hermano mayor quien claramente no estaba en casa, metió sus manos en mis cobijas y ahí sintió mi piel, fue repugnante. Pretendió entonces irse y rápidamente me vestí, pensé que todo había quedado ahí, pero volvió, se subió a mi cama acostado a lado mío, y lo intentó durante algún tiempo disperso en mi mente. No lo logró y sinceramente sentí un alivio enorme... Hasta el día siguiente que volvió, sentó a esa adolescente de 15 años en la misma mesa donde comía a diario y le dijo que todo era su culpa, que si hubiera pasado algo hubiera sido situación de los dos, que más vale que callara eso. Si, así es, todo eso se lo dijo un hombre adulto de 30 y tantos años a una adolescente de 14 años. Y después de eso no paró, todos los días que él podía, llegaba sin avisar, a usar el baño, a dormirse en la sala, y esa pobre criatura se encerraba en su cuarto, azotaba puertas, tenía miedo.

¿Duro de leer? Lo supongo, es más duro recordarlo, con todo y los detalles que omití porque aún me dan vergüenza y asco. Durante más de diez años en mi vida cargué con un peso infame de cubrir a mi agresor. ¿Por qué? Pues seguramente porque era una adolescente que apenas tenía su segunda relación amorosa, o tal vez porque creí en sus palabras, ¿Quién me iba a creer? ¿Quién me iba a apoyar? Esa persona era querida por nuestro contexto compartido, por mi familia; esa persona era muy amigo de mi hermano mayor y confidente de mi mamá en muchas ocasiones ¿Por qué les iba a quitar yo alguien tan importante en su vida? Y entonces durante más diez años de mi vida me odié, odié mi cuerpo, odié mi vida y odié el hecho de que me gustara el roce suave de las sábanas en mi piel.

Durante más de diez años, odié esa posición que me recordaba ese suceso, odié mi cama, me odié a mí. Me volví insoportable, hostil y rebelde, nunca quería llegar a mi casa, y aunque significase problemas en casa, trataba de llegar lo más tarde posible. Me enredé con muchos chicos malos, aprendí a disfrutar de mi sexualidad aunque aún me daba asco mi cuerpo, y muchas veces disipé el amor con el placer sexual porque, si alguien que te vio crecer desde que eras un infante, trató de hacer algo tan cruel y violento, seguramente era porque eso era el amor, ¿no?

Pasaron más años, entré a la universidad, por gusto propio, con mucho esfuerzo, más del que un hijo de letrados podría dar, yo hija de obreros, hija de barrio, que no sabía citar, vaya ni siquiera sabía de ortografía, tratando de ser psicóloga educativa; entonces lo conocí, ya casi al salir de la universidad, feminismo le llamaba y fuertemente lo criticaba Francesca Gargallo y me enganché.

Dejé de odiarme, o al menos lo intenté, porque entonces entendí mucho, lo entendí todo, sabiendo que todo es para mí lo poco concebible y tangible de mi realidad, y decidí hablar por otras, hacer una colectiva en el lugar más burdo del mundo real, y me aferré al sueño de escribir sobre las mujeres. Aprendí mucho, aprendí a cuidarme, a perdonarme y nunca a perder la ternura, deje de ser hostil con los demás, un poco conmigo también aunque siempre la mente nos juega malas pasadas, y todo iba bien, hasta que ya no.

En mi familia, hay muchos casos de abusos sexuales principalmente a las mujeres o mejor dicho, niñas. Poco a poco y a su manera de secreto a voces, la familia aprendió a callarlo, a no decirlo, a ignorarlo. Hasta que un día mi mamá dijo ya no más, y enfrentó al mayor abusador de nuestro hogar; mi papá. Con el tiempo y mi feminismo colgado, lágrimas, frustraciones y demás logramos superar algunos capítulos oscuros de nuestra vida en familia, hasta que un día, platicando sobre los abusos habidos en la familia, mi dulce madre me comenta: "Lo bueno es que a ti te salve de eso ¿no?" No supe que decir, arrastré un "si..." lo que supongo fue un muy mal intento de sonar tranquila ya que mi mamá lo notó de inmediato.

Y pasó, esa plática incómoda, morbosa hasta de cierta manera, hubo lágrimas de las dos, hubo abrazos y hubo disculpas que dar y recibir. Entonces todo iba bien, hasta que ya no; lo recuerdo claramente, mis hermanas mayores platicando fuera de la casa, mi sobrina la más grande atenta, yo no sabía nada, hasta que lo supe. En un intento de no querer permitir más "cosas así", mi mamá le contó a mi hermana, madre de mis dos preciosas niñas, y está le contó a su vez a la más grande de mis hermanas... y la esposa de mi agresor.

Aún en mi mente pasan muchas preguntas; ¿A quién protegían? ¿Pensó mi hermana mayor que yo era mentirosa? ¿Sirvió de algo? Y sobre todo ¿Por qué fui obligada a hablar de esto? Entonces tuve mucho miedo, miedo de que me lastimara, como lo prometió hace más de doce años; tenía miedo a que me juzgara la familia, a causar más sufrimiento y aún con eso me decidí a denunciarlo, no porque creyera que lo encerrarían para siempre en una celda, sino para protegerme. Protegerme de cualquier agresión que es capaz de hacer, protegerme de no verlo, con su risa burlona que cargaba desde hace más de diez años, esa risa que me atormentaba, que me dolía en las entrañas, esa risa que decía, "yo gané".

Y lo hice, denuncié, pasé el peor día de mi vida con ansiedad llena de gente hostil, sola, repitiendo una y otra vez el primer párrafo de esta narración, sin quererlo por cierto, inspirada únicamente por el hecho de no querer morir, porque ese era mi miedo. Sintiendo las miradas pesadas de los integrantes de la fiscalía, preguntándome lo mismo, cambiando mis palabras para que sonaran coherentes. Con náuseas y mareos pasar de un lado a otro a sellar papeles, sola, con la idea constante de que mi familia me odiaría, pensando en si iba vestida adecuadamente para ser una "víctima". Salí asqueada, fumé un cigarrillo y me largué algo aliviada, no porque logrará demandarlo, o meterlo en prisión, sino porque tenía un antecedente. Nunca pude denunciarlo por agresión sexual, quedó como acoso, solo porque abogué que temía por mi vida.

Dos años después, me hablan por teléfono, era la fiscalía, el caso no procedió, se cerró la carpeta. Carpetazo le dicen, un carpetazo soy, una cifra más y en la penumbra de mi corazón me pregunto ¿Sirvió de algo? Mi agresor aún frecuenta a mi familia lejana, afortunadamente mi familia núcleo lo corrió, lo sacó, pero ¿sirvió de algo? Supongo que como muchas cosas poéticamente tristes, sirvió de ejemplo de muchas cosas malas y otras pocas buenas. Mi mamá me dijo: "fuiste la primera en hacer algo", mi hermano dijo "con la frente en alto, hiciste lo que te correspondía" y yo dije... bueno en realidad no dije nada, solo decidí entre lágrimas e ira, escribir esta dura narración.

Adopté un perro de la calle, igual de herido que yo, con cicatrices en su cara y en su corazón, con él en mis piernas puedo dormir tranquila, puedo estar tranquila porque ataca sin preguntar. Aprendí a mirar a todos lados, en todo momento, mis amigos se ríen de ello, porque es una muletilla, pero yo sé que empezó por paranoia. Sigo sin querer llegar a casa, temo verlo en la colonia, y no saber qué hacer. Y encontré un placer enorme a las películas y libros de terror, de todo género, suspenso, thriller, drama, todo lo que implique algo de miedo, incluso lo cómico, es reconfortante, ya que así pienso que hay algo más horrible y tenebroso que mi realidad.

Quince años tenía, ahora tengo veintiocho, y aún me aterra mucho pensar que me puede lastimar, aún más; aún tomo medicina psiquiátrica, aún me culpo de algunas cosas, como sentir el roce suave de las sábanas en mi piel, aún me odio un poquito. Empero ya no más, aprendí mucho, a no callarme por ejemplo, a ser feliz siendo yo y como una vez un sabio hombre que ha marcado mi vida me dijo: "Esto no te define".

Y es cierto, me definen mis aciertos, mis errores, mis gustos y disgustos, mis manías y mañas pero jamás, el abuso que tuve hace ya más de diez años. Estoy furiosa con la justicia, nunca me ha ayudado, ni como obrera, ni como mujer, pero estoy más furiosa contigo Ignacio López Martínez, porque hace más de diez años, heriste a una adolescente que te veía como su figura paterna, que te tenía confianza. La destruiste, la desmoronaste y te regocijabas de ello, cada que ibas a su espacio, su hogar, clavabas más y más el cuchillo, y lo sabías, nunca pediste perdón, hasta que una adulta de veintiséis años habló, y aun así lo negaste, y lo sigues haciendo; Sin embargo hoy, decido ya no solaparte, ya no encubrirte y que la vergüenza que he sentido por tus actos caigan en ti, y solo en ti, porque hoy yo cierro este ciclo.